Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida.- FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, Arzobispo de Quito

Publicación bimestral		Distribución gratuita
Año VII	Noviembre y Diciembre de 1943 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 11 y 12

Cristo en la Historia

Al trazar las grandes líneas de la vida cristiana para un joven de su aprecio, escribe Lacordaire: "¿Nunca habéis advertido en el curso de vuestros estudios clásicos, la magia incomprensible y divina de la historia? ¿Por qué Grecia es para nosotros una patria que nunca muere? ¿Por qué Roma con sus tribunos y con sus guerras aún nos sirve de enseñanza con su invencible imagen y domina todavía con su extinta grandeza una posteridad que no es la suya? ¿Por qué los nombres de Milciades y de Temístocles, por qué los campos de Maratón y las aguas de Salamina, lejos de ser tumbas caídas en el olvido, pertenecen a nuestra edad, son coronas entretejidas ayer, son aplausos que aún resuenan en nuestros oídos y conmueven nuestras entrañas? Doquiera me vuelva, no puedo sobreponerme a su influjo; soy Ateniense, soy Romano; me detengo junto al Partenón y oigo en silencio—a los pies de la Roca Tarpeya—a Cicerón que me habla y me conmueve. Y es la historia que hace esto."

Todo hombre culto aplaude a Lacordaire. Sólo el bruto carece de historia. Sentimos a nuestras espaldas los milenios del pasado, que nos empujan hacia adelante; y tenemos conciencia de preparar con nuestros libres esfuerzos el porvenir que ha de suceder a nuestra época. El eco de las cosas pretéritas repercute en la conciencia humana; y el individuo, el pequeño minúsculo ser, sabe que es una nota en el gran canto de la humanidad.

¿Es un canto la historia de la humanidad? ¿Tiene un sentido, un valor y un precio?

Los pesimistas a lo Schopenhauer responden que no; y han llegado a la conclusión de que la historia es el inmenso manicomio, agitado y convulso, de los pobres locos que se llaman hombres. Rarezas y ridiculeces, odios y amores, besos y puñetazos, tentativas de construcción y guerras y matanzas y exterminios con su cortejo de locuras, son los constitutivos de la historia. Por eso han negado a Dios. Si Dios existiera, no sería más que el creador y el director de un manicomio.

El que admite a Dios, se rebela contra semejante juicio superficial de los acontecimientos históricos, que se detiene frente al desorden aparente y no sabe apreciar su significado. Frente a un campo de batalla donde la lucha se hace feroz, si nos detuviésemos ante cada episodio y detalle menor, tomados aisladamente, llegaríamos a la conclusión de que asistimos a escenas carentes de toda racionalidad. Pero si pasamos de los detalles mínimos a considerar la unidad del plan que desarrolla el general, entonces el pretendido manicomio resulta la actuación de un pensamiento único y se manifiesta su valor profundo.

Es lo que sucede en el estudio de la historia. No podemos encerrarnos en el instante que pasa o en nuestro pequeño yo, sino que sentimos el deber de abrazar las vicisitudes de los siglos transcurridos, el momento presente y las esperanzas del futuro. Recapacitando en qué forma debe el cristiano concebir la historia, haremos una comprobación: doquiera nos volvamos, doquiera posemos la mirada, aparece ante nosotros, envuelta en los resplandores de vívida luz—ofuscada a veces por la nube de los prejuicios o de nuestra ceguera—la figura de Jesucristo. Al claror de esta luz aprenderemos a comprender los acontecimientos,—al decir de Francisco Acri—en Cristo veremos resueltos los enigmas no sólo de la naturaleza y del pensamiento, sino también de la historia.

CONSECUENCIAS PRACTICAS

La conclusión de esta rápida visión histórica se impone por sí misma.

1º—Ante todo, debemos reformar nuestra cultura y hacerla verdaderamente cristiana. Escuelas y libros, oradores y escritores se han conjurado contra Cristo y pretenden borrar su nombre de la historia. Estudiamos el latín (o sea, la civilización romana), o el griego (o sea la civilización griega), la economía política y social, la literatura de los diversos pueblos, la evolución del derecho y otras cosas, sin preocuparnos para nada de la relación de todas esas ramas del saber con la idea cristiana. Si Cristo es el centro de la historia, no debemos tolerar más este método, sino que a imitación de Contardo Ferrini, quien al margen de un Horacio de su propiedad escribía esta suave evocación: "¡Jesús Señor!" debemos examinar, pensar y enseñar todas las cosas en función de nuestro cristianismo. El material es idéntico para nosotros y para los adversarios; pero la diferencia es enorme; pues éstos leen el libro de la historia deteniéndose en la superficie de los hechos y alterando su sentido; mientras que nosotros auscultamos en cada página del gran volumen una palpitación de un Corazón divino, en el que se encuentran las diversas corrientes del saber y en el que "se esconden todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría". El catecismo—en pocas palabras—exige y reclama hoy una verdadera revolución cultural.

2.—Otra consecuencia se relaciona con nuestra vida, esto es, con el modo de avalorar los acontecimientos históricos, pasados y presentes, y crear la historia del próximo porvenir.

Si somos cristianos, debemos trabajar por el triunfo de Cristo. El mismo impío—lo repito—coopera contra su voluntad. Pero nosotros, sus hijos, debemos contribuir a ello con conocimiento, con decisión y con amor. Así como Cristó-

bal Colón, apenas descubierto el soñado continente, descendió de su carabela y plantó la Cruz en la nueva tierra, así nosotros queremos que se alce y se imponga el signo de la Redención en la historia de mañana. Y como San Bernardino imponía en todas las casas de Sena el nombre de Jesús, nosotros debemos trabajar, para que mañana se escriba este nombre, con caracteres de oro, sobre la pequeña casa de cada corazón, con toda la institución civil o social, en toda iniciativa pública o privada, en todos los momentos del porvenir.

Cristo ya no debe ser un Rey recluído en los Tabernáculos sino un Rey que triunfa en todas partes, en medio del entusiasmo de los pueblos y el canto de los corazones.

———

Tomado del "Silabario del Cristianismo", por F. Olgiati. Páginas 87-89, 100-101.

Nuestra incorporación a Cristo

Considerada ya la magnífica y consoladora doctrina del cuerpo místico al que de derecho pertenecemos por habérnoslo conquistado Nuestro Salvador con su sacrificio inmenso de la Cruz, nos resta considerar el hecho de nuestra incorporación a él, hecho por el cual nos transformamos en miembros integrantes de esa realidad gloriosa que es la Esposa de Jesucristo.

Podemos afirmar con el Padre José Will, que la admisión en la comunidad de la Iglesia y la incorporación al cuerpo místico en consecuencia, se realiza por el Bautismo.

Por éste en verdad, somos lavados, purificados de la mancha original, regenerados en Cristo, injertados, hincados en El, y así recibimos la participación de la vida divina por medio de la gracia habitual o santificante, vehículo celeste que raudo nos permite salvar el espacio abismal que dista entre el orden natural y el sobrenatural, entre el estrechamiento en lo limitado y la liberación en lo Infinito.

Síguese de ello, que son miembros de Cristo, todos los bautizados, mas lo son en grado diverso; los elegidos le están unidos en el Cielo por la visión beatifica y el amor que de ella dimana; los justos, por esta atmósfera celeste que es la gracia santificante; los pecadores que han perdido el estado de gracia, por la fe y la esperanza que aún conservan en sí y que todavía les une, a pesar de la desdicha de haber cometido el pecado mortal. Por lo que a los infieles toca, éstos no son en la actualidad miembros del cuerpo místico de Cristo, pero mientras viven en la tierra son llamados a serlo, y nos dice la fe que si no oponen resistencia, a serlo llegarán.

Unicamente los condenados quedan separados sin remedio del Cristo salvador, ellos quedan excluídos para siempre de tan grande privilegio por no haber querido volverse a Dios al tiempo de morir. Recordemos aquellas